

Catequesis sobre la Sagrada Familia

Queridos hermanos, la paz del Señor esté con nosotros. Hoy les invito a contemplar la Sagrada Familia: Jesús, María y José, como el modelo por excelencia del amor y la fe. No como una imagen dulzona que adorna nuestras casas y nuestros pesebres en Navidad, sino como una realidad viva, concreta y profundamente desafiante para nuestra vida y nuestro camino de fe. Porque en esta familia se revela el misterio mismo de Dios que ha querido entrar en la historia humana no desde lo alto, sino desde lo bajo: desde una familia pobre, escondida, sin poder ni fama, sin nada llamativo a los ojos del mundo.

1. La encarnación pasa por una familia

Dios ha querido entrar en la historia de la humanidad, haciéndose hombre. Y no ha venido como un ángel, ni como un guerrero, ni como un sabio; tampoco apareció ya adulto, sin pasar por los acontecimientos y el desarrollo físico, emocional y espiritual que pasamos todos, en un contexto socioeconómico y cultural concreto. Ha venido como un niño, pequeño, débil, que necesita ser cuidado. Y ha necesitado de una madre, María, y de un padre adoptivo, José, que le acogieran, protegieran y cuidaran. Esto no es un detalle sin importancia. ¡Dios necesitó de una familia humana para revelarse al mundo!

La Sagrada Familia vivía una existencia **oculta y sencilla**, compartiendo la vida común de los vecinos, pero llena de amor y trabajo: María en las tareas domésticas, José en su taller, y Jesús creciendo en obediencia, sabiduría y gracia, enseñándonos que la santidad se forja en lo cotidiano.

Esto, hermanos, nos habla del inmenso valor que tiene la familia en el plan de Dios. Hoy el demonio ataca con fuerza a la familia, pilar de la Iglesia y de las sociedades: la destruye con el divorcio, el egoísmo, la ideología de género, la superficialidad de las relaciones, el aborto, la pornografía, el feminismo radical, el comodismo... Pero Dios, en su plan de salvación, ha querido comenzar por una familia concreta, frágil, pero llena de fe.

2. Una familia probada por el sufrimiento

La Sagrada Familia no fue una familia idealizada. No vivieron en una burbuja espiritual. Vivieron en la pobreza, en el anonimato de Nazaret (Mateo 2,19-23). Tuvieron que huir a Egipto como refugiados, perseguidos por Herodes (Mateo 2,13-15), integrados en comunidades judías, trabajando en silencio y con sufrimientos escondidos, pero también con la alegría de ver crecer a Jesús sano y salvo.

María vivió el dolor de no entender a su hijo, de perderlo en el templo (Lucas 2,42-48). José sufrió en silencio, obedeciendo sin comprender del todo a los ángeles que se le aparecían en sueños (Mateo 1,18-24; 2,13-15). Y, sobre todo, María contempló la pasión de su Hijo, viendo cómo el fruto de su vientre era rechazado, torturado (Lucas 23,26-27) y crucificado (Mateo 27,55-56; Juan 19,25-27), como le profetizó Simeón: "*Una espada atravesará tu alma*" (Lucas 2,34-35). Esta profecía no solo anunció su dolor, sino que reveló que la misión del Mesías se

cumpliría mediante el sufrimiento, y que Ella estaría unida misteriosamente a esa obra redentora.

Esta familia nos enseña que el sufrimiento no destruye el amor; al contrario, lo purifica. ¿Cuántas veces el sufrimiento en nuestras familias nos lleva a huir, a excusarnos, a cerrar el corazón? La Sagrada Familia nos muestra que es posible vivir unidos, en medio del dolor, sostenidos por la fe, y obedientes a la voluntad de Dios, aunque no la comprendamos.

3. Una familia abierta a la misión

La Sagrada Familia no vivió para sí misma. Vivieron para cumplir la misión de Dios. María acogió la Palabra y dijo: «Hágase en mí según tu palabra» (Lucas 1,38) . José obedeció al ángel sin discutir (Mateo 1,19-24; 2,19-21). Y Jesús se sometió a sus padres durante treinta años en Nazaret (Lucas 2,51-52), esperando la hora del Padre. Más aún, a partir de las bodas de Caná, María es constituida **Madre espiritual de los discípulos**, porque con su intercesión comienza la fe en el Mesías.

Además, en la Cruz, Jesús entrega a María como **Madre de la Iglesia**: «Mujer, ahí tienes a tu hijo» (Juan 19,26-27). Esto marca la continuidad entre la familia de Nazaret y la nueva familia de los hijos de Dios.

La Sagrada Familia es modelo y profecía de todas las familias cristianas. También nuestras familias están llamadas a esta misión. No estamos llamados a vivir cómodamente en nuestros hogares. ¡No! El Señor quiere familias que escuchen la Palabra, que se abran a la vida, que eduquen a los hijos en la fe, que sean luz en medio del mundo. Familias que sepan acoger, que sepan perdonar, que vivan el amor como don, no como contrato.

Conclusión

Hermanos, la Sagrada Familia no es solo una imagen para contemplar, sino un espejo en el que debemos mirarnos, una profecía para nuestras casas. ¿Quieren vivir una familia así? Entonces, empiecen por volver a Cristo, por ponerlo en el centro de su vida. Acojan la Palabra, celebren los sacramentos, recen en casa, reconcíliense entre ustedes.

La iglesia nos enseña tres cosas muy importantes:

1. **Formar familias cristianas** (Efesios 5,25.31-33; Josué 24,15; Colosenses 3,18-21; CIC 1655; CIC 2204).
2. **Ser verdaderas, fundadas en el amor y la verdad de Cristo** (1 Corintios 13,4-7; CIC 2215-2219; CIC 1643-1644).
3. **Ser fecundas, abiertas a la voluntad de Dios, a la vida y al servicio** (Génesis 1,28; Salmo 127,3-5; Mateo 28,19-20 —aplicable espiritualmente a la fecundidad en la evangelización familiar—; CIC 1652; CIC 2205; CIC 2373).

¡Ánimo, hermanos! ¡No tengan miedo! Aunque seamos pecadores, el Señor puede hacer maravillas con nosotros. Como con María, como con José. Dios está con nosotros. Amén.